

# La sociedad pedagógica<sup>1</sup>

**Michel Serres**

Al bifurcar de manera inesperada en el tiempo ordinario, las verdaderas revoluciones nos toman de improviso. Sorprenden y perturban los usos. Ahora bien, una vez llevadas a cabo, una mirada hacia atrás asegura que ellas se enraízan tan profundamente en el historia que hubiéramos debido y podido preverlas. Ocurre pues que –al menos *a posteriori*– adivinamos sus causas, o al menos sus condiciones. Al vivir las convulsiones, sólo experimentamos las rupturas; al pensarla, seguimos su continuidad. La principal de este siglo veinte no escapa a la regla. En el trabajo como en la cultura, los cinco últimos decenios han visto de repente a Hermes mensajero, emblema de la comunicación, tomar el lugar de Prometeo, el héroe de las forjas y de las artes del fuego, que había dominado el siglo XIX. La información sucedía a la transformación; las energías duras eran sustituidas por las blandas, seguramente no para realizar las mismas obras sino para dar su color y su estilo a la nueva civilización.

## Revolución y continuidad

De manera imprevisible, la sociedad industrial daba a luz una inmensa mensajería de múltiples redes. Escogí como insignias a un héroe y a un dios griegos –las innumerables legiones de ángeles representan mucho mejor nuestro estado febril mensajero– para mostrar que no se ha tenido que esperar estos últimos ciento cincuenta años para exponer la importancia del trabajo, y luego la de los mensajes. A la mencionada revolución no le faltan pues predecesores. Hubiéramos debido ‘pensar’, y luego prever que, después de volverse experta en este tejido de relaciones, de vías y de canales, la nueva sociedad de comunicación invertiría, de manera electiva, las instituciones consagradas –desde hacía mucho tiempo en la Historia– a la transmisión de los mensajes; la escuela, en particular. La antigüedad reputaba a Hermes inventor de la escritura e iniciador de las ciencias; la enseñanza había instituido, desde la aparición de la *paideia* griega, una mensajería con vías óptimas, con mensajeros leales y con códigos

<sup>1</sup> Este artículo abre el fuera de serie del *Monde de l'Éducation*, “Aprender a Distancia”, salido en septiembre de 1998, bajo la dirección de Michel Serres y Michel Authier; Michel Serres es filósofo, fundador y miembro del consejo de administración de Trivium. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu Castaño, publicado en *Le Monde*, para la cuarta lectura de la obra de Michel Serres. Medellín, Septiembre de 2007.

regulados; entre los raros mensajes purgados de todo ruido sobresalen los que se llaman matemáticas, es decir, literalmente, las cosas que se enseñan.

Que la sociedad de comunicación se vuelva –de forma más reciente pero también repentina– una sociedad pedagógica no hubiera debido, tampoco, sorprendernos; pues se podría haber dicho, inversamente pero con tanta razón, que la sociedad entera se remodela, ante nuestros ojos, sobre el formato de la escuela. Demos algunos ejemplos: el periodismo de prensa escrita, el presentador de radio, el animador de televisión, hablan como institutores y, para lo mejor o para lo peor, nunca corren el riesgo de verse trastornados ni contradichos. Y nosotros escuchamos, prudentemente sentados sobre nuestras patas de atrás, a la voz de nuestros nuevos amos mezclar, con alegría y cuatro granos de perversión, su sala virtual de clase y un verdadero patio de recreo.

Entonces, hubiéramos debido –más fácilmente– prever que la propia escuela se remodelaría, a su vez, por medio de las nuevas tecnologías que invadían la sociedad entera. Entre paréntesis, la lengua francesa puede y debe adoptar –yo creo– el vocablo tecnología, que definía, antaño y hasta hace poco como un discurso sobre las técnicas, y utilizarlo en el sentido, nuevo –proveniente del inglés– porque se trata de técnicas coadyuvantes de la escritura, del cálculo, de códigos y de los signos en general, y por tanto de una *techné* del *logos*; ¡por primera vez, una “técnica” viene a ayudar al trabajo intelectual o “lógico”! En resumen ¿cómo ha podido ser que la pericia nueva en información, redes y canales no invadan la red experta más antigua conocida, sus mensajes, sus canales y sus actores? ¿Cómo el más antiguo y el mejor experto en mensajes, el docente, hubiera podido evitar la nueva pericia mensajera? Una vez más, lo imprevisto se reúne con el hilo de nuestros usos.

## Etapas

Esta tradición de la que sale la enseñanza a distancia podemos incluso escandirla. Pues a cada cambio de soporte corresponde una renovación radical de la enseñanza: a la emergencia de la escritura corresponde, al menos en nuestra cultura, la invención de la *paideia* griega; en el Renacimiento, la aparición de la imprenta da una nueva figura a la pedagogía, y Rabelais puede requerir una cabeza bien hecha, puesto que la acumulación de los volúmenes en la librería le permite abandonar su cabeza bien llena. La emergencia actual de las nuevas tecnologías corona, en tercer lugar, esta serie, comenzada en la aurora de la Historia, y proseguida al hilo de los grandes descubrimientos. Ellas trastornan tres cosas: objetivamente, los almacenes de saber, no tanto concentrados de aquí en adelante como distribuidos; subjetivamente, las facultades humanas, puesto que la memoria por ejemplo descende a los computadores como, antaño y ha poco, descendía a las tabletas o los libros; en fin, colectivamente, puesto que aparece esto que acabo de llamar sociedad pedagógica. Se trata de una

verdadera revolución en nuestros oficios educativos, de una ruptura total y radicalmente nueva, pero, al mismo tiempo, la consecuencia ineluctable de las tradiciones más antiguas de nuestra Historia.

### **El sentido depende de la vía**

De donde se deriva –cuyas consecuencias no hemos terminado de meditar–: todas las discusiones actuales sobre las reformas de la enseñanza se equivocan gravemente, si no se comprende que los contenidos dependen de los canales. En cada cambio de soporte, la ciencia misma cambió: la escritura hizo emerger el milagro griego de las matemáticas; a partir de la imprenta, el Renacimiento formó las ciencias experimentales. No solamente la enseñanza varía sino sobre todo lo que se enseña. No, un mensaje no es invariante para las maneras de transmitirlo; muy por el contrario, se transforma a medida que cambian las vías. Sí, el saber depende de las modalidades de su transmisión. El espectáculo de las ciencias contemporáneas, tan profundamente transformado desde que los científicos de todas las disciplinas trabajan y buscan en el computador, testimonia este constreñimiento. Olvidad pues, por un momento, los programas y trabajad en los canales; los contenidos, luego los métodos para difundirlos os vendrán por añadidura, y os sorprenderéis de haber encontrado las soluciones sin buscarlas. Además, no se comprende que los colectivos de aprendizaje dependen todavía de los canales. Por medio oral, el viejo experimentado transmite su saber a otro colectivo, que está reunido de otra manera distinta al que aprende en y por medio de tabletas o de los libros; y la clase misma cambia desde que un canal en doble sentido hace circular el mensaje. Las relaciones entre quienes aprenden y los que les enseñan, su actitud misma, se transforman de cabo a rabo. Olvidad pues por un momento las formas de los grupos y de las instituciones; otra idea de la distribución y del control os vendrá, donde las ofertas de saber, lejos de precederlas, lejos sobre todo de imponerlas, siguen las demandas de enseñanza y a ellas se adaptan. Emerge, entonces, un interés nuevo por el aprendizaje de parte de los actores, una reciprocidad flexible entre la demanda y la oferta, de donde provendrá –así lo espero– un lazo social renovado.

### **Sobre las distancias**

Volvamos a tomar la Historia: la enseñanza a distancia data de la noche de los tiempos, quiero decir, de los comienzos de la pedagogía, puesto que esta última palabra significa la conducta del niño durante un desplazamiento. Este viaje supone muchos desvíos que el guía ayuda a rectificar. Toda la historia de la *paideia*, desde su origen griego, relata la reducción progresiva de tales distancias.

Veámoslas: geográficas, espaciales, físicas... ellas se miden en estadios o en kilómetros, cuando habitamos lejos de las escuelas, de las bibliotecas o

de los laboratorios, en suma: de las fuentes concentradas del saber; financieras si somos pobres, indigentes o miserables; lingüísticas, si no hablamos el dialecto convenido entre científicos, o el de los hombres de cultura; culturales, si nuestra etnología permanece extraña al saber canónico; sociales, según nuestra clase; temporales, si la fuente del conocimiento ha brotado en tiempos olvidados; patéticas, pues el saber produce siempre miedo –incluidos, y quizás sobre todo–, en los expertos... Todas estas distancias nos separan del conocimiento.

Dejando huellas estables sobre un soporte, la escritura, y luego la imprenta, inventaron primero el envío de mensajes a distancia espacial, por intermedio de mensajeros; así, el pedagogo jugó primero este papel en la nueva mensajería de la escuela. Mejor aún, el libro y sus análogos hicieron posible la sobrevivencia de Euclides y de Quintiliano, desaparecidos desde hacía milenios, y quienes enseñan sin embargo las matemáticas y la retórica muchos siglos después de su muerte, a las buenas voluntades que deseen aprenderlas. Estos soportes suprimen pues distancias inmensas en el espacio y en el tiempo. Releída así de nuevo, la historia de los soportes pasa su tiempo reduciendo las distancias. Por su rapidez inmediata y su ubicuidad, las nuevas tecnologías amplían y prolongan formidablemente este irreprimible proceso; ciertamente nueva, por sus tecnologías, la pedagogía a distancia empuja a sus últimos límites la evolución histórica de las antiguas. Reduce las distancias en el espacio y en el tiempo al fenómeno simple y global de la ubicuidad.

De repente, el recorrido a veces terrible y doloroso, del impetrador hacia las fuentes concentradas del saber, se transforma y se invierte, puesto que el saber mismo, recorriendo esas distancias de espacio y de tiempo, se presenta de forma inmediata en la casa misma del habitante. La pedagogía cede su lugar a una “epistemología”, puesto que el propio conocimiento se desplaza, no el conocedor; el primero, ubicuitario, yace por todas partes y siempre a disposición de cualquiera. ¿No permitirá esto esperar, utópicamente, una nueva libertad de aprender, una igualdad nueva de las oportunidades, una fraternidad nueva y abierta?

## **Una presencia viva**

Queda el argumento principal que regresa irreprimiblemente, como una piedra de Sísifo. ¿Qué hace usted pues con la presencia, cálida y viviente, del cuerpo que enseña? ¿Quién os dice que estas técnicas lo suprimen? Se forman otros grupos, nuevos tipos de reuniones o de recreación, que requieren un animador siempre tan indispensable. Y que yo sepa, cohortes de jóvenes se apresuran, embriagados, ante la presencia virtual en la pantalla de sus artistas preferidas: ¿no los aman? Además, dais como ejemplo siempre al institutor ejemplar que

os ha abierto a las lenguas y a las ciencias naturales, y tenéis razón; pero ¿no olvidáis al maestro que os ha bloqueado para siempre en matemáticas porque lo detestabais?

Como todo canal de comunicación, el presencial obedece a la vieja regla de Esopo: la lengua –respectivamente el teléfono, las autopistas, la televisión, la Internet– es la mejor y la peor de las cosas. En materia de vía o de red, este doble valor constituye una ley: de sopetón, el Ángel-mensajero se transforma en demonio. La propia enseñanza a distancia, como todas las otras, no escapa a esto. La presencia viviente tampoco.

### **Más que el niño y la igualdad, el dinero. ¡Ay!**

Por haber trabajado en este dominio hace una decena de años, por haber conocido aquí más fracasos que logros, por alegrarse de que todo el mundo comprenda, de aquí en adelante que aquí yace la solución de mil problemas insolubles en otra parte, los redactores de este número creen tercamente en la revolución cuya historia acabo de describir sumariamente.

Vivimos pues siempre en el entusiasmo originario y seguimos persuadidos que la solución en cuestión se impondrá pronto de ahora en adelante, no tanto, ¡ay! por amor a los niños o con la esperanza de ofrecer igualdad de oportunidades, sino por razones financieras; en los países ricos o pobres, las necesidades en materia de formación crecen sin cesar, así como las inversiones necesarias para satisfacerlas, mientras que las fuentes de financiamiento, públicas o privadas, han alcanzado desde hace tiempos el techo soportable. Por otra parte, como le ocurre siempre a las técnicas anticuadas, a las que se les puede inyectar miles de millones sin hacer avanzar en una pulgada su productividad, asesinada por los rendimientos decrecientes, las soluciones clásicas, concentradas, de la era de la acumulación –grandísimas bibliotecas, construcción de *campus*...– alcanzan de acá en adelante precios inaccesibles a las comunidades democráticas y sólo se perpetúan en entornos o riquísimos o faraónicos, mientras que las soluciones de la distribución nunca alcanzan la décima parte de esos costos. Tenemos pues los medios, técnicos y financieros, para subvenir a las necesidades de formación, prioritarias.

Razones de costumbres, finalmente, la favorecerán; todos los países del mundo, comprendidos los más pobres, viven en la era de las comunicaciones; ahora la escuela dura toda la vida, y el que no acepta esta formación continuada envejece desde su juventud y pierde su adaptación; finalmente, las generaciones que siguen evolucionan en el mundo virtual como peces en el agua, y encontrarán mejor instruirse ellas mismas a distancia antes que cabeceando de sueño en las espaldas de los compañeros.